

## CAPITULO LXVII.

Sublevacion de Nápoles.—Muerte del rey de Francia.—Campana del Emperador contra el Elector de Sajonia.—Sybilla de Cléveris.—El Landgrave de Hesse.—Dieta de Augsburgo.

En el capítulo anterior hemos indicado como uno de los grandes disgustos del Emperador la sublevacion ocurrida en Nápoles, y efectivamente, el carácter que esta tomó, merced á la desacertada conducta del virey D. Pedro de Toledo, teniendo en cuenta la situacion general en que se hallaba Carlos I, no era el mas á propósito para tranquilizar á este.

Carlos no recordaba los disturbios que se produjeron en 1549, cuando D. Fernando el Católico trató de establecer la Inquisicion en aquel reino, y ordenó al virey que procediese inmediatamente á su establecimiento.

Mal avenido el pueblo con dicho funcionario por su carácter duro y su tiránico dominio, fácil es comprender, que aun cuando aquel trató de obrar con cautela, al llegar á trasladarse su pensamiento, las masas, doblemente irritadas contra el santo Oficio y contra la autoridad que lo iba á establecer, mostraron de tal manera su hostilidad, que al tener noticia de ella el papa Paulo III, temiendo las consecuencias que del estado de los ánimos pudieran resultar, apresuró á pedir un *breve*, por el cual, á la par que declaraba que pertenecía á la jurisdiccion apostólica el conocimiento de todas las causas de herejía, ordenaba al virey que se abstuviera de proceder contra los herejes por medio de la Inquisicion.

D. Pedro de Toledo procedió, á pesar de esto, al nombramiento de inquisidores, y tumultuándose la poblacion entera, en enero de 1547, depuso á los individuos del Consejo de la ciudad, confiriendo el cargo de Conservador al médico Micer Juan de Sessa, que disfrutaba de gran prestigio.

A la vista del peligro contemporizó el virey, mas, cuando el pueblo habia quedado tranquilo, abrió proceso contra los alborotadores, y de cinco jóvenes á quienes se habian preso porque trataron de libertar á un individuo que demandó su auxilio al ser conducido á la prision, hizo ahorcar á tres, mandando arrojar sus cadáveres á la calle.

La insurreccion entonces tomó proporciones formidables, y durante muchos dias se estuvo batiendo el pueblo con los soldados del virey, extendiéndose la rebelion por toda la tierra de labor, hasta que llegando los comisionados que habian enviado al Emperador, este ordenó que dispusieran las armas y obedeciesen á aquel, otorgándoles un perdon general, con excepcion única de treinta personas, que habian de sufrir la pena que se les impusiera.

Con la llegada de los comisionados coincidió la de un cuerpo de tropas españolas, y merced á esto, consiguió dominarse el movimiento, huyendo tanta gente de Nápoles que, como dicen los historiadores, quedó la ciudad medio despoblada.

Fácil es de comprender la inquietud que en el ánimo del Emperador habia de producir semejante suceso unido á todas las noticias que recibia respecto al mucho cuidado y enojo que causaba á los demás soberanos, y respecto á los aprestos que hacian aquellos para combatirle.

Su única esperanza se cifraba en que un acontecimiento de inmensa trascendencia y que se venia iniciando llegara á realizarse. Este acontecimiento no era otro que la muerte de Francisco I, cuya vergonzosa y desairada conducta, alterando notablemente su salud, hacia prever el próximo fin de su existencia.

Y en efecto, el 30 de marzo de 1547, á los cincuenta y tres años de edad y treinta y tres de reinado, falleció en Rambouillet.

Los escritores franceses, dice un historiador de nuestros dias, fascinados por las cualidades del hombre, olvidaron los defectos del monarca y elevaron mas de lo debido el esplendor de su nombre (1).

Su desatentada ambicion, su constante rivalidad con el Emperador, sus repetidas faltas de fe pusieron en mas de una ocasion á la Francia en grave riesgo, atrayendo sobre ella males de gran consideracion; sin embargo, necesario es confesar que Francisco I poseia cualidades que si no bastaban para oscurecer sus defectos, en algunos momentos, los hacian olvidar su valor y su firmeza en la adversidad, su constancia y su proteccion á las artes y el planteamiento de aquel sistema de administracion que fue un modelo verdaderamente para los demás pueblos de Europa; debemos estar conformes con el historiador Robertson y otros escritores no menos ilustrados, que creen que aun cuando la fama del rey de Francia excedia á su genio, á sus virtudes y á sus acciones, algo de real existia en ella.

Como habia sospechado perfectamente Carlos, la muerte de Francisco vino á disipar las nubes amontonadas en el horizonte; y por lo tanto cuantos aprestos contra él se hacian, como que habia fallecido el que los impulsara, dejaron de tener aplicacion.

Cá los se aprovechó de esto, y reuniendo sus escasas fuerzas con las del Rey de Romanos y Mauricio fué á atacar al Elector de Sajonia, que, como sabemos, lo mismo que el Landgrave de Hesse permanecia sublevado.

En abril de 1547 llegó sin dificultad el ejército imperial, que se componia de unos diez y seis mil hombres hasta las márgenes del Elba, apoderándose de todas las plazas que encontró en su camino.

(1) Gebhart, *Historia de España*.

En aquel punto se hallaba el Elector al frente de su ejército, y cortando el puente retiróse por la parte derecha, al objeto de tomar posiciones ante las murallas de Witemberg, atrayendo á esta especie de emboscada á los imperiales, y decimos emboscada porque la situacion en que el Emperador se hubiese encontrado frente á los muros de aquella plaza hubiese sido altamente desventajosa y comprometida.

Pero el Elector, que no demostró cualidades de gran general en aquellas circunstancias, variando de opinion, detúvose en Muhlberg durante algun tiempo, y contentándose con dejar algun destacamento para guarnecer la orilla del rio, fué á establecer su campo á corta distancia, aguardando para obrar á conocer las intenciones del Emperador.

Presto tuvo ocasion de ello. Carlos atravesó el rio, y arrollando los destacamentos sajones, fué á caer sobre el ejército del Elector, el cual quedó derrotado y prisionero su jefe.

Con extraordinaria severidad trató el Emperador á su vencido adversario, humillándole de un modo inconcebible, teniendo en cuenta la afabilidad con que generalmente trataba Carlos á sus enemigos, y amenazándole con tratarle de la manera á que se habia hecho acreedor.

Del ejército sajón consiguió escaparse una division de cuatrocientos hombres que se encerró en Witemberg, hácia cuya plaza se dirigió el Emperador al objeto de terminar definitivamente la campana.

Pero en aquel punto se hallaba la esforzada Sybilla de Cléveris esposa del Elector, la cual habia conseguido infundir tales bríos en soldados y paisanos, que todos se hallaban resueltos á perecer antes que permitir la entrada al enemigo.

A la intimacion que Carlos les hizo, contestáronle rechazándole enérgicamente y diciéndole que guardase todas las consideraciones que se debian al Elector, pues de igual modo que él tratase á este, tatarian ellos á Alberto de Brandeburgo, á quien tenian prisionero tambien.

Unida esta decision á la fortaleza de la plaza, que hacia necesario un sitio formal, hizo al Emperador pensar en el empleo de otros medios para conseguir su rendicion en el término mas breve que fuese posible.

Sujeto al Elector á un consejo de guerra compuesto de generales españoles é italianos, presidido por el duque de Alba, y envió un emisario á la gobernadora Sybilla de Cléveris, intimándole la rendicion de la plaza en cambio de la vida de su esposo.

El consejo entre tanto, considerando al Elector convicto de traicion le condenó á ser decapitado, sentencia que escuchó con la mayor tranquilidad el prisionero, que se hallaba á la sazón jugando al ajedrez con Ernesto de Brunswick, preso como él, y cuya partida continuó, deplorando solamente que su esposa y sus hijos pudiesen afectarse por su suerte, y este temor les obligara á renunciar sus títulos y estados.

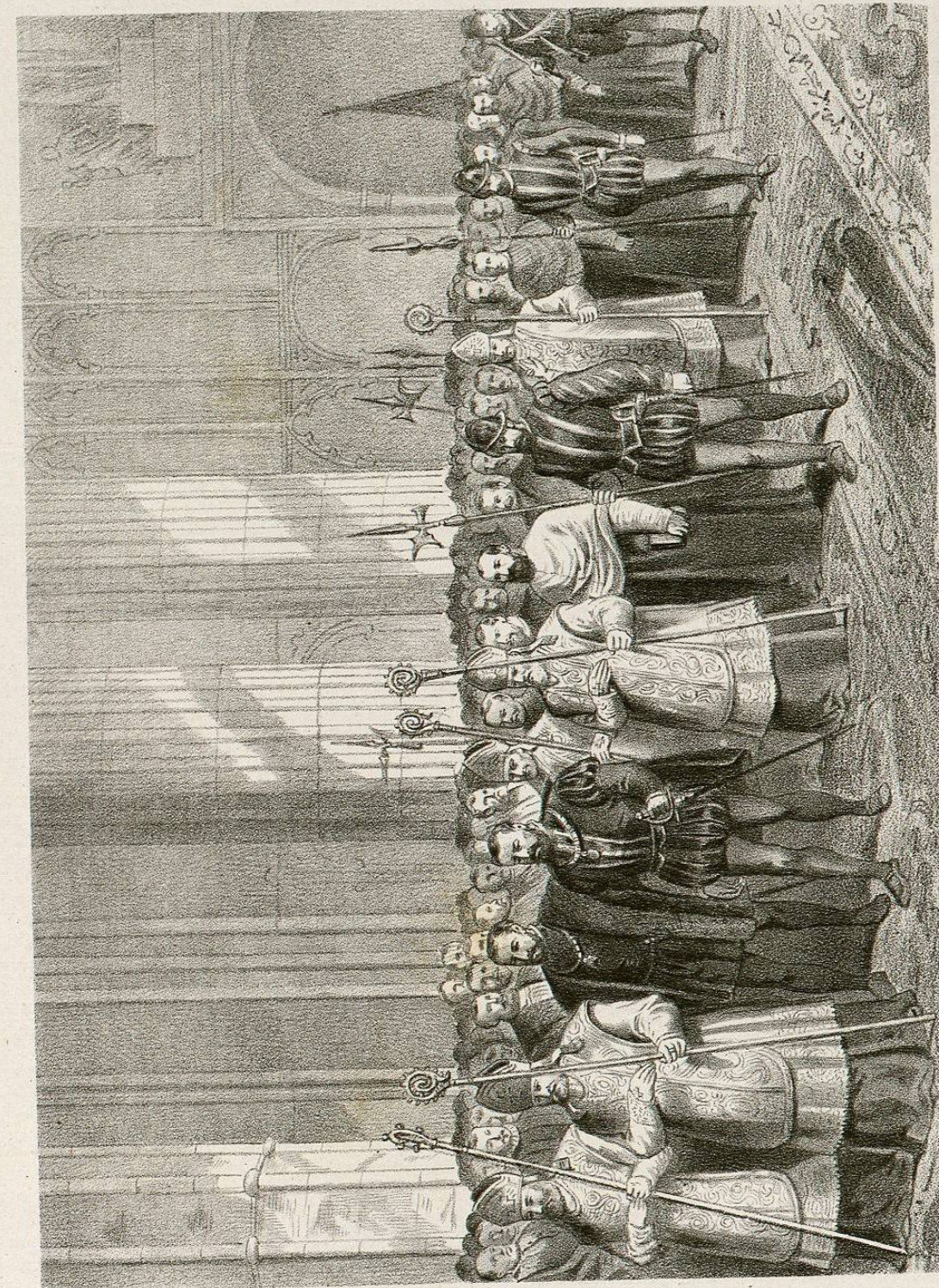
Así sucedió en efecto. Sybilla de Cléveris, ante la inminencia del peligro de su esposo, cedió, y enviando al Emperador mensajeros para que fijase las condiciones bajo las cuales le salvaria la vida, respondió precisamente al objeto que Carlos se propusiera, pues parece probable que no fuera su ánimo jamás ejecutar la sentencia dictada por el consejo de guerra.

Como quiera que el duque de Cléveris, el Elector de Brandeburgo y Mauricio, interesábanse á la par por el de Sajonia, fingió acceder á sus súplicas, concediéndole su perdon bajo condiciones tan duras como la de que la dignidad electoral habia de pertenecer al Emperador para que la confiriere á quien fuera de su mejor agrado, que las ciudades de Witemberg y Gotha se entregaran á los imperiales, que Alberto de Brandeburgo fuese puesto en libertad sin rescate alguno, que se sometiese al Elector al decreto de la cámara imperial, con otras condiciones no menos fuertes y que el prisionero no tuvo mas remedio que aceptar para no empeorar su situacion.

Una vez el Emperador dueño de la plaza de Witemberg y puesto en posesion del electorado su aliado Mauricio, pasó á visitar el sepulcro de Lutero, donde á pesar de haberse aconsejado que aventase las cenizas del tristemente célebre reformador, negóse rotundamente á ello.

Su campana contra el Landgrave de Hesse fue bien rápida tambien, puesto que aquel solo deseaba obtener las mejores condiciones posibles, no mostrándose el Emperador con él todo lo justo y leal que debiera, toda vez que habiendo salido garantes del cumplimiento del convenio celebrado entre ambos, Mauricio y el Margrave de Brandeburgo, los dejó desairados poniendo prisionero al Landgrave.

Los bohemios fueron á su vez sojuzgados tambien y dominados por completo los protestantes alemanes. El Emperador, á quien el Papa acababa de felicitar apellidándole *Máximo, Fortísimo, Augusto, Germánico, Invictísimo y verdaderamente Católico emperador*, convocó una Dieta en Augsburgo al objeto de poner un término á las cuestiones religiosas, haciendo que fuese reconocida por todos la autoridad del Concilio que se celebraba.



APERTURA DEL CONCILIO DE TRENTO.

## CAPITULO LXVIII.

Sesiones quinta, sexta y séptima del Concilio.—Muerte del príncipe de Parma.—Disgusto del Papa contra el Emperador.—El Interim.

En el mes de setiembre de 1547, despues de verificada la solemne entrada del Emperador en Augsburgo, procedió inmediatamente á la purificación de los templos, restableciendo el culto católico, desterró á los maestros que profesaban las doctrinas luteranas, y tomó otras disposiciones no menos eficaces para la restauracion de la antigua religion.

Multitud de príncipes, embajadores y miembros del imperio concurrieron á la famosa asamblea, unos por curiosidad respecto á las graves cuestiones que iban á tratarse, y otros por el temor de que se ofendiera el Emperador.

Este inauguró las sesiones pronunciando un discurso en el cual escitaba á la Dieta á que fijase toda su atencion en las cuestiones religiosas que venian debatiéndose en Alemania, haciéndoles presente la necesidad de que reconocieran la autoridad del Concilio que á la sazón estaba reunido, Concilio que la mayoría de ellos en los principios de aquellas cuestiones habian reclamado como el solo juez que podia decidir respecto á ellas.

Importantísimos eran los trabajos y notables las variaciones introducidas en aquel Concilio, al cual queria el Emperador que todos se sometieran.

En el año 1546 y en los primeros meses de 1547 habia celebrado el Concilio las sesiones quinta, sexta y séptima, estableciendo los principios de la fe ortodoxa y formulando otras disposiciones no menos importantes sobre disciplina eclesiástica.

Los decretos de Sixto IV respecto al pecado original se confirmaron, sentándose además la doctrina sobre los sacramentos en general, con otras no menos importantes resoluciones.

Proseguido hubieran tranquilamente sus tareas los Padres del Concilio á no venir los recelos que el Pontífice sintió respecto al Emperador, despues de la batalla de Mulberg, á producirle algunas contrariedades.

Cada vez mas alarmado Paulo III con la preponderancia que el Emperador iba adquiriendo, quiso trasladar el Concilio á una poblacion que se encontrase bajo su jurisdiccion mas inmediata, para lo cual, en la sesion octava celebrada en 11 de mayo de 1547, propuso por medio de sus legados la traslacion de Trento á Bolonia, fundándose en los rumores que circulaban respecto á haberse declarado la peste en la primera de aquellas ciudades.

Los prelados partidarios de Carlos opusieron vivamente, mas, á pesar de ello, no pudieron impedir que treinta y ocho de sus compañeros marchasen á Bolonia, quedando solamente en Trento diez y ocho españoles é italianos, súbditos del Emperador.

Grande fue el enojo que sintió este al tener conocimiento de lo ocurrido, siendo vanas cuantas diligencias hizo para que Paulo derogase aquella disposicion.

Celebró una entrevista con el Nuncio de Su Santidad, en la cual trató á este con gran dureza, como lo acreditan los siguientes párrafos de la carta que escribió á D. Diego Hurtado de Mendoza, dándole cuenta de lo ocurrido.

«Y tornando el Nuncio á repetir otra vez que en todo caso mandásemos á los perlados que están en Trento que fuesen á Bolonia, por lo que tocaba á la autoridad del Concilio, y excusar el inconveniente que por ventura se podría causar de scisma, y pareciéndonos que lo habia dicho de mala manera, le respondimos que, no solamente á Bolonia si fuese menester, pero que á Roma los haríamos ir, y los acompañaríamos con nuestra propia persona por asegurarlos; alargándonos en decir y encarecer la no buena intencion y acciones del Papa, juzgadas de todo el mundo por ser ya tan manifiestas. Y queriendo sacar el dicho Nuncio, y preguntándonos que qué mal hacia el Papa, no le respondimos otra cosa sino que hacia de bien ninguna cosa; á que dijo de presto: «A lo menos atiende á vivir;» y Nos le respondimos que esto era la verdad, pues se sabian el estudio y cuidado que tenia de ello, y de engrandecer su casa y juntar dineros, y que por tener fin á esto echaba atrás todo lo que tocaba á su oficio y dignidad; pero que Nos esperábamos en Dios, que aunque Su Santidad se descuidase desto y no quisiese ayudarnos, que él nos haria merced de enderezar y hacer lo que conviniese á su servicio, y aun por ventura mucho mejor de lo que Su Santidad querria... (1)»

No era este, como se ve, lenguaje muy comedido tratándose de quien con tan alta investidura como la de Vicario de Cristo estaba adornado, y por mas que reconocamos que no siempre el Pontífice estaba á la altura de su mision, aunque es fuerza confesar que no faltaba razon á Carlos I para su enojo, dúelenos que las cosas llegaran á un extremo en que no podian quedar bien parados ni el catolicismo de este, ni la dignidad de aquel.

Y cuando tan tirantes eran las relaciones entre el Pontífice y el Emperador, como si no fueran bastante los motivos de descontento que mutuamente tenian, acacció en aquellos momentos un suceso á la verdad inesperado, que vino á enconar mas que nunca la especie de aborrecimiento ó malquerencia que habian llegado aquellos á profesarse.

El príncipe de Parma Pedro Luis Farnesio, hijo del Pontífice,

(1) Carta de S. M. á D. Diego de Mendoza, fecha 25 de abril de 1547. Archivo de Simancas, Negociado de Estado, leg. 614, fol 87.

habíase hecho aborrecible por sus excesos, y era de los que mas incitaban á su padre contra el Emperador, resentido como estaba porque este se habia negado á darle la investidura de su Principado.

Andrés Doria, que habia perdido á su sobrino en la conspiracion de Fieschi provocada por aquel, deseo de vengarse, tramó una conjuracion contra él con tal sigilo tramada, que nada pudo traslucirse hasta el momento en que estalló. En ella tomaban parte una porcion de nobles de Parma y de Plasencia, y los conjurados obraban de acuerdo con el virey de Lombardia D. Fernando de Gonzaga.

Pedro Farnesio fue muerto por los conjurados, y Gonzaga se apoderó inmediatamente de Plasencia en nombre del Emperador, no consiguiendo lo mismo respecto á Parma por la vigilancia que ejercian los oficiales encargados de su defensa.

Sabedor el Pontífice de lo ocurrido, y unido en él el disgusto por la muerte de su hijo, al que le producía la pérdida de una ciudad tan importante como Plasencia, quejóse al Emperador; mas este, con cuyo acuerdo se hiciera todo, no quiso escuchar sus quejas, y entonces el Papa, rompiendo por todo, trató de aliarse con Enrique II de Francia, sucesor de Francisco, y con los venecianos, al objeto de hacer la guerra al Emperador, pero tanto el uno como los otros le fueron entreteniendo sin decidirse formalmente.

Entre tanto proseguia la Dieta de Augsburgo, consiguiendo Carlos á fuerza de astucia y de sagacidad que fueran reconociendo la autoridad del Concilio la mayoría de los príncipes y de las ciudades y firmando una exposicion al Papa, en la cual pedian que regresasen á Trento los prelados de Bolonia, mas como quiera que el Papa no accedió á su demanda, Carlos, apoyado por los prelados que, segun en otro lugar dijimos, habian permanecido en Trento, envió embajadores tanto á Bolonia como á Roma para que protestasen de lo que se hiciese en la primera de aquellas poblaciones, protesta que tuvo lugar en enero de 1548.

Comprendiendo el Emperador todo lo difícil de la situacion en que se hallaba y el mal giro que aquello habia tomado, puesto que ni los príncipes alemanes reconocieran el Concilio de Bolonia, ni reducir al Pontífice era tampoco obra de un momento, con la mejor buena fe, segun creen la mayoría de los historiadores, al objeto de establecer una especie de tregua entre aquellas encontradas aspiraciones y mal amortiguados recelos, se decidió por adoptar un recurso que, ni en el porvenir respondió á lo que se propusiera empleándole, ni era tampoco político entrometerse como él lo hizo en un terreno que excedia de los límites de su potestad.

Los teólogos Juan Agrícola, protestante, y Julio Sfluy y Miguel Helding, católicos, recibieron el encargo del Emperador de que redactasen una especie de doctrina por la cual se rigieran los pueblos hasta que llegase la promulgacion de los decretos del Concilio ecuménico.

Cumplieron aquellos la mision que se les confiara, y la nueva obra apellidada el *Interim*, ó sea *entre tanto*, apoyada en la doctrina católica, aun cuando concediendo á los protestantes la Comunión bajo dos especies y á los eclesiásticos que se habian casado, la conservacion de sus mujeres juntamente con la posesion de los bienes usurpados á la Iglesia, fue el 15 de mayo de 1548 presentada á la Dieta por el Emperador, y el arzobispo de Maguncia, presidente de la asamblea, declaró en nombre de esta que aprobaba aquel nuevo sistema de doctrina, y que estaba resuelto á guardar su contenido.

El Emperador á su vez disolvió la reunion, y el *Interim* fue publicado en latin y en aleman al objeto de que fuese observado como decreto del imperio.

General fue el disgusto que entre católicos y protestantes produjo ver al Emperador decidir de tal modo en cuestiones esclusivamente religiosas, mostrándose contrarios á la aceptacion del *Interim* la mayoría de los nobles, varios príncipes de reconocida influencia, y las ciudades imperiales.

Mandó el Emperador, á pesar de todo, que se ejecutara y obedeciera el *Interim*. Pero halló una declarada resistencia en la mayor parte de los príncipes del imperio, aun en los mismos amigos suyos, y no hubo medio de reducir al elector de Sajonia, á quien retenia prisionero, no alcanzando ni promesas, ni amenazas, ni halagos, ni rigor, á doblegar la firmeza de aquel inflexible luterano. Mayor fue todavía la oposicion de las ciudades imperiales Strasburgo, Constanza, Brema, Magdeburgo y otras se negaron á admitirle. Propúsose Carlos hacerles respetar su autoridad, y usar de rigor con ellas. Marchó, pues, con las tropas españolas sobre Constanza, la combatió y rindió; obligó á sus habitantes á prestar juramento al *Interim*, y mudó su forma de gobierno.

Lo mismo ejecutó en Augsburgo, en Ulm, en Spira, en Maguncia y en Colonia, y subyugadas así las ciudades de Alemania, bien que en los espíritus y en los corazones dejara concentrado el resentimiento, la indignacion y el odio, volvió á los Países Bajos para hacer recibir tambien el *Interim* á las ciudades flamencas, llevando consigo como trofeos los dos prisioneros príncipes, el de Sajonia y el de Hesse, al último de los cuales dejó encerrado en la fortaleza de Malinas con guardia española.



J. SERRA, LIT.

LIT. VIDAL OLMO 89.

MUERTE DE PAULO III.